

Una provocación velada

El Jefe

LUIS GONZÁLEZ

Random House, Bogotá, 2018, 340 pp.

NO SERÍA difícil argumentar que la novela histórica es uno de los géneros (subgéneros, dirían otros) que mejor condensan algunos de los problemas a los que se enfrenta la literatura: el límite entre ficción y realidad, la relación con la memoria y el olvido, la construcción de una lengua particular a través de la cual narrar, la función misma de la literatura en la sociedad. Cualquier novela histórica tendrá que responder inevitablemente por la manera de abordar cada uno de estos problemas, y las respuestas serán más evidentes en ella que en otras novelas. Se podría decir que, precisamente por esto, se trata de una tarea que pocos se atreven a intentar. Sin embargo, la realidad contradice el sentido común: la novela histórica es una forma literaria muy frecuente, como lo mostró Pablo Montoya en *Novela histórica en Colombia, 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*, libro publicado por la Universidad de Antioquia en 2009.

El Jefe, la última novela de Luis González, finalista del Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana en 2018, está ambientada en la década de los cuarenta, en la capital colombiana. Narra las dificultades de un gobierno liberal tambaleante ante los ataques frontales y furiosos de un Partido Conservador liderado por una figura incendiaria. Jorge Eliécer Gaitán, el Jefe, figura central de la intriga, es presentado como un político disidente y un abogado pragmático, que hará las veces de detective en esta novela policíaca. Pero la narración no solo se enfoca en los choques entre los partidos, pues dos de sus personajes centrales no tienen nada que ver con la política: Alejandro Brennen (el Alemán), una de las cabezas del negocio del aguardiente de contrabando, hijo de un inmigrante alemán asesinado cuando él era un niño; y Lupe Cascabel, cantante de boleros amateur y dueña de una chichería a la que el negocio de la cerveza le declara la guerra. El nudo de la novela radica precisamente

en el futuro de la Cervecería Alemana, propiedad del señor Klaus, otro inmigrante alemán cuya estabilidad en el país depende del desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y de la posición que el gobierno central (¿el que está en ejercicio democrático del poder o uno impuesto por un golpe de Estado?) adopte en este conflicto. El futuro de la cervecería será el motor de la historia, junto a otras tramas menores que le dan a la novela la complejidad típica de los thrillers políticos.

El Jefe es una novela histórica que puede ser descrita con algunos de los términos que usó Seymour Menton en su famoso estudio *La nueva novela histórica de la América Latina* (1993): conscientemente anacrónica, heteroglósica y paródica (los últimos dos tomados del teórico ruso Mijaíl Bajtín). Si bien dije antes que está ambientada a comienzos de la década de los cuarenta, la novela misma pone en duda el momento histórico en que sucede. Desde la primera página, advierte que “algunos sucesos parecen históricos, pero ni siquiera los nombres de Gaitán o de Colombia son ciertos. Son imitaciones” (p. 7), con lo que cuestiona su apego a la historiografía. Sin embargo, esta advertencia tiene una gran carga paródica: le recuerda al lector que, claro, lo que va a leer es una novela, y por lo tanto no necesita comprobación alguna en el archivo. Pero la prohibición es una provocación velada y lleva a quien la lee a poner en duda la fidelidad de la novela a los hechos. Es entonces cuando emerge el juego, la parodia. La novela pone unas reglas e invita a su transgresión, y solo así quien la lee encuentra las nuevas reglas, que emergen de la confrontación entre la ficción y la realidad de los historiadores.

La novela se enfrenta a un problema de comprensión: ¿cómo hacer uso de suficientes hechos históricos muy separados en el tiempo real, dentro de límites cronológicos también lo suficientemente estrechos, para darle rapidez y a la vez verosimilitud a una intriga policíaca que no debería durar más que algunos meses? Su estrategia para resolver esto comienza por la advertencia al lector y radica en no respetar las fechas de los sucesos que retrata: el ataque a Pearl Harbor se acerca a la muerte de Mamatoco; la

reclusión de ciudadanos italianos, japoneses y alemanes en el Hotel Sabaneta se acerca al exilio en España del jefe del partido conservador (Victoriano Duque en la novela, un obvio Laureano Gómez). Estos y otros hechos, separados por años en la realidad, son narrados en la novela casi como simultáneos. Por otra parte, los únicos nombres propios que coinciden con la historia son los de Jorge Eliécer Gaitán, su esposa Amparo y su hija Gloria. Los otros son juegos de palabras que hacen fácilmente identificables a algunos personajes con las figuras históricas que los inspiraron.

En la novela hay múltiples ejemplos de estos anacronismos, así como de otras licencias históricas evidentes. Pero precisamente en ese uso de la historia está sustentada la interpretación que hace *El Jefe* de esos años, considerados como fundacionales: la novela hace un guiño a nuestro tiempo, y muestra que el pasado es necesariamente un producto de la reinterpretación de los hechos anteriores en tensión con los presentes. No es un cajón en el que las cosas reposan impolutas y dispuestas a ser encontradas, sino una especie de ente vivo mutable, que se transforma orgánicamente.

Uno de los elementos en los que se sustenta esta relectura del pasado es el lenguaje mismo. Es evidente la intención constante de darle al lector expresiones populares usadas todavía hoy, que funcionan como ductos con los que se conectan las épocas. Sin embargo, las lenguas creadas en boca de los personajes no son convincentes casi en ningún caso. Al contrario, parecen caricaturas (sin que resulte clara su justificación) y pierden su función de expresar —y ser a la vez— una forma de pensamiento particular. Por otro lado, las diferentes voces se turnan la voz principal de la narración (una tercera persona desconocida) y la vuelven múltiple. Con esta heteroglosia, que nos deja escuchar constantemente los pensamientos de muchos personajes, la novela intenta construir una representación de ese momento histórico desde la variedad de actores que lo vivieron y le dieron forma. Sin embargo, cabe preguntarse si *El Jefe* explora adecuadamente tales posibilidades estéticas, pues al fin y al cabo todas estas maneras de ver

y comprender la realidad son subsumidas por una única voz, la del Jefe, quien desde la forma más tradicional y patriarcal del detective le da sentido a una compleja serie de sucesos. ¿Para qué un discurso tomado por múltiples voces si prevalecerá una de ellas, como la de un ser excepcional y superior a todos las demás, que comprende lo que nadie más puede comprender?

Es cierto que antes dije que *El Jefe* propone una interpretación particular del pasado en tensión con el presente; pero ahora me pregunto si eso es suficiente en esta novela que, como todo objeto literario, es un artefacto estético a través del cual se cuestiona, se interpreta y por lo tanto se conoce el mundo con y en el lenguaje. Considero que su forma de llevar todo esto a cabo no basta, que *El Jefe* parece preferir la intriga desnuda por encima de lo que puede emerger de ella. Como máximo, en este caso lo único que emerge es un lugar común, particularmente del pensamiento gaitanista: que tanto liberales como conservadores nunca han perseguido un proyecto político verdadero, sino el poder y la riqueza personales.

La estructura de la narración le debe mucho a la telenovela y, por lo tanto, al folletín: sus capítulos cortos saltan de escenario y tiempo, y terminan en los momentos precisos para darle velocidad a la narración y crear suspenso. Pero esto mismo la hace caer en el remolino de la trama vertiginosa, para no salir de allí. *El Jefe* termina pareciendo solo un complejo nudo hecho de realidad y ficción, que al final es desenredado recurriendo a un “mensaje” político simple. Es aquí cuando el juego entre historia y novela que antes entusiasmó parece solo una herramienta para generar curiosidad sobre el pasado, supuestamente necesario para entender el presente. La reinterpretación de la historia, la heteroglosia y el juego paródico de la ficcionalización pierden su potencial creativo y se ven subordinados a la construcción de una trama suficientemente complicada y conocedora de la historia. *El Jefe* pone en juego muchos elementos de gran poder estético, poder que termina ahogado por la forma en que es explorado, como pólvora que se intenta encender con agua.

José Castellanos